

SARA
BLÆDEL
SIN
PIEDAD



En mitad de un interrogatorio, la inspectora de policía Louise Rick recibe la llamada del niño que tiene en acogida, Jonas, quien le pide que acuda en su ayuda inmediatamente. Un grupo de jóvenes violentos ha irrumpido en la fiesta infantil en la que se encuentra y uno de los adultos presentes es atacado de manera brutal.

Signe, una niña de doce años, sale corriendo en busca de ayuda, pero uno de los jóvenes la persigue. Cuando Louise finalmente llega al lugar, ha sucedido algo terrible: Signe ha sido atropellada y muere esa misma noche.

Para la madre de Signe la vida deja de tener sentido cuando pierde a su única hija. Pero ¿está henchida de dolor o de sed de venganza? De pronto, un incendio en el que fallecen dos personas enturbia el caso y la policía le concede la máxima prioridad. Louise está segura de que no todo el mundo está diciendo la verdad y llevará la investigación sin descanso hasta revelar lo sucedido.

En su segunda novela publicada en español Sara Blædel, la exitosa escritora danesa, nos enfrenta –de la mano de la inspectora de policía Louise Rick– a una historia sobre la violencia gratuita, la avaricia y el importante vínculo entre padres e hijos.

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Agradecimientos

Sobre la autora

Para Lars, que soporta todas mis cargas

El primer golpe alcanza el pómulo del sin techo cuando la puerta del sótano se cierra con un sonido hueco tras ellos. Y entonces llegan. Los golpes. Caen incesantes sobre él. Sin piedad. Ni la luz del día ni los sonidos penetran en la habitación, cuando la manada de jóvenes se cierra en un círculo alrededor de su víctima, aunque dos bombillas desnudas en el techo desvelan que los verdugos llevan máscaras, como los atracadores de bancos. Tan solo los ojos quedan al descubierto.

El hombre aterrorizado se lleva desesperado las manos a la cara, en un intento impotente de rechazar los golpes. Se da la vuelta mientras se protege con sus antebrazos flacos y débiles, hasta que dos de los enmascarados dan un paso adelante y se los retuercen, llevándoselos a la espalda. Entonces la bota lo alcanza en el diafragma con tal fuerza que lo deja sin respiración y su cuerpo se dobla.

Los rostros enmascarados se confunden a medida que aumenta el grado de violencia. Nadie reacciona ante el silencio que, inadvertido, se ha ido apoderando, casi a hurtadillas, del hombre andrajoso y desaliñado que yace en el suelo del sótano. Apenas se oye un leve gemido, que es casi inaudible, cuando otra bota se hunde en su cogote. No se oye nada más.

El hombre ya está inconsciente cuando uno de los enmascarados, cámara en mano, se asegura de que su cuerpo entra en cuadro. Hace un leve movimiento con la cabeza en dirección a la esquina donde otra máscara negra saca una barra de hierro envuelta en cinta americana y se acerca con sigilo. Se coloca al lado de la víctima sin vida.

Paso a paso, las máscaras se van cerrando en un círculo cada vez más estrecho en medio de la estancia. Las voces, que al principio no eran más que un leve zumbido, pronto empiezan a subir de volumen, hasta que por fin estallan en rítmicos gritos de júbilo cuando el hierro alcanza la cabeza del hombre y le aplasta el cráneo.

Un golpe sigue a otro. Nadie los cuenta. Los ánimos se concentran en los exaltados gritos de guerra que aumentan, casi extáticos, mientras la sangre se extiende por el suelo del sótano.

Nadie se ha dado cuenta de que ha llegado el ángel de la muerte para llevarse el alma del pordiosero.

Cuando termina la película, los cinco chicos que se sientan completamente inmóviles alrededor de la pantalla del ordenador se sumen por un instante en el silencio.

Uno de ellos tiene el labio superior cubierto de pequeñas gotas de sudor, y los nudillos del segundo están blancos. El tercero se lo sacude todo y se pone en pie para sacar un puñado de cervezas de alta graduación de la bien surtida nevera del embarcadero.

Nadie dice nada mientras hacen saltar las chapas. Pero, de pronto, empiezan a hablar. Atropelladamente, excitados y febriles. Celebran la sensación de estar redimiéndose que los recorre como un desahogo sexual cuando toman cerveza de alta graduación.

A lo largo de la noche mantienen la borrachera de violencia a fuerza de ver más *snuff movies*, películas en las que se asesina a personas reales delante de la cámara. Las han descargado en el ordenador de la primitiva caseta del puerto. La noche siguiente se celebrará una fiesta en uno de los clubes de vela. Una fiesta infantil. Colocados y exaltados, los chicos brindan entrechocando los cuellos de las botellas de cerveza.

Por fin ha llegado el fin de semana.

–**N**o respeto a la gente que se hunde con el estrés, ni a los hombres que se toman la baja por paternidad. ¡Ya lo he dicho! Y me importa una mierda lo que pueda recomendar la gente de recursos humanos de este negocio. Si no tenéis ganas ni fuerzas para hacer vuestro trabajo en mi grupo de investigación, ya sabéis dónde está la puerta. Hay una lista interminable de personas que quieren entrar y que saben lo que se exige cuando se tiene un trabajo como el nuestro.

El sol de finales de septiembre reveló que las ventanas del Departamento de Homicidios de la Jefatura de Policía de Copenhague necesitaban que alguien se empleara a fondo para limpiarlas. La suciedad se había acumulado, dejando una película de polvo sobre el cristal que resaltaba los cadáveres de insectos y las cagadas de pájaros.

Louise Rick cerró los ojos un instante, mientras el comisario de policía Willumsen seguía tronando. Dentro de poco, llegaría a su frase preferida.

–Creo que ya lo he dicho muchas veces antes –soltó, al fin–. Cuando alguien colabora conmigo, espero un «sí», un «no» o un «vete a tomar por culo», quiero que la gente sea clara. Esto no es una casa de reposo o de convalecencia para monjas embarazadas. Hay una guerra de bandas en la ciudad y tiroteos en las calles. Y, como ya sabéis, anoche abatieron a tiros a un padre de familia en su casa del barrio de Amager. No nos vamos a quedar sin trabajo; todo lo contrario. Esos malditos tiroteos chupan de nuestros recursos. Nuestras Especiales reclutan gente de todos los departamentos, y para nosotros eso supondrá hacer

muchas horas extraordinarias. Por lo tanto, si tenéis problemas en casa, o si os cuesta compaginar la vida familiar con el trabajo, ¡buscaos un empleo en las oficinas! Supongo que es una decisión que las personas adultas deberían ser capaces de tomar por su cuenta, ¿o...?

Willumsen dejó esto último en el aire, mientras suspiraba hondo y se secaba las comisuras de los labios.

En realidad, Louise no podía estar más de acuerdo. Nadie puede tomar por ti este tipo de decisiones. Miró hacia sus colegas. Toft parecía un poco cansado, y Louise cayó en la cuenta de que, a lo mejor, se había arrepentido de haber aceptado la oferta de volver al Departamento de Homicidios. Con la reforma de la policía, hacía un año y medio, lo habían destinado a la comisaría de Bellahøj, en un puesto que más tarde suprimieron sin previo aviso.

Michael Stig había echado su silla hacia atrás en un gesto desafiante. Tenía los ojos entornados, aunque su mirada se perdía más allá de los cristales sucios. Era evidente que estaba irritado por tener que soportar a la fuerza el discurso del comisario de policía, sobre todo porque no estaba dirigido a ninguno de aquellos a quienes Willumsen había convocado en su despacho aquel viernes por la tarde.

El ataque de ira estaba dirigido al compañero de Louise, Lars Jørgensen, quien aquella misma mañana había entregado una baja por enfermedad que, de momento, iba a durar un mes. Según el médico, el estrés había provocado aquella ausencia prolongada, aunque los iniciados sabían perfectamente que encubría el comportamiento infame de Willumsen, después de que la mujer de Lars Jørgensen se hubiera mudado a casa de su hermana en Vangede, abandonando así a su marido con los gemelos de ocho años y el corazón partido.

Durante el mes y medio que había pasado desde que la mujer abandonó a marido e hijos para realizarse como persona, Lars Jørgensen había hecho de la necesidad vir-

tud y salía a la hora estipulada, para poder estar en casa cuando los niños volvieran de la ludoteca. Se había borrado a sabiendas de todos los tumos de fin de semana, y cada vez que lo había hecho, había tenido que sufrir la persecución de Willumsen.

El inspector jefe siempre había gastado unas formas groseras y chulescas. Parecía que disfrutara de manera especial machacando a la gente. Louise contempló a su jefe de grupo, que debía de tener unos cincuenta y tantos años. Su cabellera seguía siendo oscura, y los rasgos de su rostro eran muy afilados. Se conservaba bien, pero la tensión le había dibujado dos profundos surcos en la frente que hacían que su expresión facial fuera huraña. Sus pensamientos volvieron a escurrirse hacia Lars Jørgensen.

Hacía un par de días, cuando Louise volvió a la comisaría después del almuerzo, se lo había encontrado sentado en su despacho, con la cara oculta entre las manos. Al principio, Louise había simulado no darse cuenta de nada, como si no lo hubiera pillado en un momento de extrema vulnerabilidad, aunque tras unos minutos de incómodo silencio su compañero se había levantado y había cerrado la puerta.

—No me importa demasiado que me machaque —dijo, una vez hubo vuelto a su silla. Tenía la mirada triste, y parecía pálido y cansado—. Pero, tal como están las cosas, tiene que entender que no puedo garantizarle que alguna vez vaya a ser diferente, ¡joder! Puede que ella no vuelva nunca. ¿Por qué no puede entender que es imposible que le dé una fecha en la que espero que todo se vuelva a arreglar felizmente?

Louise no le había contestado. No había gran cosa que decir.

Lars Jørgensen la miró con ojos vacíos, y ella sabía perfectamente que él se sentía tan frustrado por su situación como el jefe, si no más. Lars Jørgensen no era de los que apagan el ordenador a las cuatro en punto de la tarde pa-

ra recoger a los niños y pasarse por el supermercado Føtex de vuelta a casa. Por otro lado, Louise también sabía que él nunca renunciaría, ni en sueños, a estar con sus hijos. Eso de ver a los gemelos solo una vez cada dos semanas no tenía nada que ver con él, y por eso había asumido la responsabilidad cuando su mujer le anunció que necesitaba tiempo para estar sola, sin marido y sin niños, mientras reflexionaba sobre su vida.

—¿Y tú qué, Rick? —prosiguió Willumsen en el mismo tono, arrancándola de sus pensamientos—. ¿Tú también estás a punto de coger la baja?

Louise se quedó un momento mirando a su jefe de investigación, mientras decidía si valía la pena contestarle, pero acabó sacudiendo la cabeza. Ya habían hablado hasta la saciedad de la responsabilidad que había asumido Louise al acoger a un niño de doce años, pero el comisario no la había sometido, ni una sola vez, durante los meses que habían pasado desde que Jonas Holm se mudara a su casa, al acoso del que había sido víctima Lars Jørgensen, ni por asomo. Tal vez tuviera que ver con que el jefe de investigación se sentía profundamente impresionado por el caso en que el niño se quedó sin padres, cuando el padre recibió un tiro en la nuca delante de él, en la granja que tenía la familia en un páramo de Suecia. Sea como fuere, preguntaba muy a menudo por el niño con algo que casi parecía auténtica preocupación.

—¿No crees que podríamos dar por finalizada la reunión y ver si adelantamos un poco el trabajo?

Toft echó la silla hacia atrás para aprovechar el silencio que de pronto se había instalado en la sala de juntas.

—Tengo que finiquitar un interrogatorio antes del fin de semana.

Willumsen asintió brevemente con la cabeza, aunque volvió a llamarlos antes de que les hubiera dado tiempo a llegar al pasillo.

–Un momento, queda Amager –dijo, y los miró uno a uno–. Tenemos que interrogar al sospechoso a quien detuvieron después del tiroteo, anoche en la casa de Dyvekes Allé. Pero, poco a poco, algunos de esos moteros se han vuelto tan sibaritas que ya no se conforman con un abogado de oficio. Se presentan con los suyos. Ahora mismo está esperando a que su abogado llegue de un juicio que tiene en Jutlandia. Pero debería estar aquí alrededor de las seis.

Miró a Louise.

–Rick, ¿te encargas tú?

Louise se quedó un momento de espaldas a su jefe de grupo, hasta que se volvió hacia él.

–Lo siento –se lamentó–. Jonas tiene una fiesta en casa de un compañero de clase mañana, y tengo que comprar viandas para hacer albóndigas y pasarme por la sala de fiestas con unas sillas; vamos, que tengo que irme ahora mismo.

Salió de la sala sin esperar su reacción, aunque oyó que Michael Stig se haría cargo del interrogatorio del acusado de asesinato. Su colega la alcanzó al final del pasillo y, por un instante, Louise pensó en que a lo mejor esperaba que le diera las gracias, pero en su lugar le preguntó por Camilla Lind.

–¿Se ha ido?

Louise asintió con la cabeza.

–Los llevamos al aeropuerto esta mañana. Primero tenían que volar a Chicago y, desde allí, a Seattle, donde estarán hasta el miércoles. Allí recogerán el coche y empezarán el viaje por la Costa Oeste.

–Dime, ¿cuánto tiempo estarán fuera? –preguntó.

Todavía no se había hecho a la idea de que Michael Stig, que nunca había sido santo de su devoción, tal vez hubiera desarrollado un interés sincero por su amiga más íntima.

Ese interés había empezado en la casa de veraneo que la familia Holm tenía en Suecia, el día en que Jonas vio cómo mataban a su padre. Michael Stig y Louise habían llevado a Camilla en el coche corriendo literalmente una carrera contra la muerte, y habían perdido. Después, el colega y su amiga habían mantenido el contacto. También la había visitado mientras estuvo ingresada en el hospital.

A Louise le seguía costando entender cómo un caso contra dos proxenetas de la Europa del Este pudo tener un final tan trágico. Aquella experiencia la había marcado de veras, y Louise todavía no había acabado de asimilar el terrible desenlace que había llevado a Camilla a pedir una excedencia.

—Pues dos meses, así tendrán tiempo para bajar hasta San Diego —contestó—. Pero puedes enviarle un correo electrónico o un SMS, los va revisando sobre la marcha, o al menos eso fue lo que me prometió. En cambio, no tenía pensado dedicarle tiempo al Facebook.

Michael Stig asintió con la cabeza y Louise se disponía a irse, pero él no se movió de allí.

—¿Cómo está? —dijo.

Louise se quedó un rato sin decir nada, preguntándose qué responder, pero al final decidió ser sincera.

—Está fatal. Que quede entre nosotros, pero la verdad es que no creo que sea recomendable que se lleve a Markus a hacer un viaje tan largo. Desde el punto de vista psíquico sigue estando rota en mil pedazos y, por lo tanto, bastante desequilibrada, y yo lo que veo es que pretende huir de los problemas. Y, a decir verdad, a mí me parece una huida hacia delante, aunque ella lo disfrace de vacaciones de lujo con su hijo y de mejorar la calidad del tiempo que pasan juntos. Camilla le da la espalda a todo lo que ocurrió para evitar enfrentarse con algo o con alguien que se lo recuerde, porque todavía no está lo bastante fuerte como para soportarlo. Pero lo único que no sé es si está preparada para meterlo en un frasco y cerrar la tapa.

A lo mejor habría sido preferible que hubiera dedicado el tiempo y el dinero a un buen psicólogo.

Louise pensó en la gran cantidad de dinero que Camilla le había pedido prestada a su padre para poder irse tanto tiempo. Entonces añadió:

–Se culpa a sí misma de todo lo que pasó y, en realidad, no se soporta... ni a sí misma, ni su vida, ya que estamos.

Se dio cuenta de que se le había quebrado un poco la voz cuando pronunciaba la última frase, y se apresuró a cambiar de tema.

–¿Qué me dices de la víctima del tiroteo de Amager?
¿Crees que sobrevivirá?

Michael Stig se encogió de hombros.

–Si no sobrevive, tendrás noticias de Willumsen antes del lunes, no lo dudes.